

Planes Económicos

Por Germán BERNACER

El industrial que monta una empresa necesita un proyecto; siguiendo la moda, llamémosle un plan. Si trabaja con sus medios personales, acaso se deje llevar tan sólo por su instinto y su intuición, y hasta por ese amor del riesgo que, según un comentarista francés, ha hecho la grandeza económica del pueblo norteamericano; él arriesga su propio capital. Si quiere arriesgar capitales ajenos, el plan es absolutamente necesario. Certo que, de todos modos, en su desarrollo se mezclará mucho el azar, pues no se ha descubierto el medio de hacer previsiones seguras; Keynes concede un gran lugar en su sistema a la incertidumbre del futuro.

El Estado, aun sin salirse de los moldes del pasado, necesita un plan económico; el Presupuesto, si quiere una Hacienda ordenada. El Estado moderno va invadiendo cada vez más el terreno de la economía, que antes se consideraba exclusivo del dominio privado. Y si una empresa particular necesita un plan, ¡cuánto más lo necesitará un Estado metido a empresario de la producción, como sucede en los países soviéticos!

No es, pues, nada raro que haya sido Rusia la inventora de los planes quinquenales; obedecen a una necesidad ineludible del sistema. El intervencionismo trae lógicamente el planismo, ya que lo peor que puede ocurrir en las intervenciones es que sean dispersas y anárquicas. El plan aparece entonces como un orden en el caos de medidas sin concierto.

Dentro del sistema de economía colectivizada hay todavía otra circunstancia que impone el plan. Es la falta de un mercado libre, que ejerza su acción rectora sobre la economía. En su defecto, se hace necesaria la acción de una autoridad que decrete precios y cantidades a producir, con arreglo a una hermenéutica que ignora. Es por lo mismo que la desaparición del sistema de cambios regulados automáticamente ha traído los sistemas de intervención de divisas.

Todo esto no tiene nada de sorprendente. Si lo es, y mucho, que las naciones occidentales en las cuales no obran estas causas y que hicieron dos guerras, dícese que para vencer el autoritarismo y mantener la democracia y la libertad, se sientan ahora seducidas por la interven-

ción y el planismo enemigos. Eso revela por lo menos falta de confianza de que el sistema económico del mundo occidental—digamos el capitalismo— sea capaz de enfrentarse con los problemas actuales y realizar el buen orden.

Cierto es que las dos grandes guerras favorecieron la introducción de prácticas intervencionistas, pero también es evidente que esas prácticas se están prolongando en esta segunda postguerra más de lo que las necesidades pragmáticas exigen. En alguna parte ello es debido a la influencia socialista, cada día más viva, alentada por el ejemplo ruso, mas no es sólo el socialismo el culpable. Los medios intelectuales de origen burgués y de formación clásica se sienten contaminados del nuevo virus. El caso más notorio es el de Keynes, que, declarándose liberal y defensor del régimen capitalista, se pronuncia por el intervencionismo como necesidad ineludible. Y ya es sabido que Keynes ha sentado escuela.

Los economistas individualistas creían que el mercado disciplinaria la producción, castigando al que no procediera con arreglo al interés colectivo, aun yendo guiados por su interés personal. La idea resultó imponente, pero como ideal representaba una concepción muy democrática, puesto que el mercado constituye la obra de todos; es el resultado de todas las ofertas y de todas las demandas, en las cuales cada uno tenemos alguna parte, por insignificante que sea, puesto que todos tenemos algo que ofrecer, siquiera no sea más que nuestro trabajo, y algo que demandar, aunque no fuera otra cosa que lo necesario para subsistir; todos influimos, pues, por parte doble, en la determinación de los precios. Esta disciplina del mercado desaparece en el sistema colectivista, en que precios y cantidades producidas dependen de unos cuantos planificadores y, en último resultado, de la aprobación de las autoridades supremas. Y, ¡oh paradojal!, en el sistema donde todo se colectiviza: las empresas, el aparato productor, los propios obreros, empleados por el Estado como único patrono, la dirección y las decisiones se concentran e individualizan. El despotismo es necesario.

Después de haber preconizado la economía clásica la

libertad, sin haber visto sus inconvenientes, la nueva economía no ve ahora otra posibilidad para corregir las injusticias y defectos del capitalismo que rectificaciones deliberadas a la acción del mercado. Esto parece obedecer, más que a un estudio racional de la cuestión, a una de esas reacciones instintivas que llevan, después del fracaso de un sistema, a ensayar el opuesto, tan sólo por ser diametralmente opuesto.

Al fin y a la postre, no es otro el método seguido por el marxismo, que ha sido el producto de la necesidad más que de la doctrina. Marx no recomendaba ningún sistema de esa naturaleza. La dictadura del proletariado —medida política y no económica— tiene por objeto destruir el monopolio de los capitalistas y su existencia como clase. Una vez conseguido el objeto primordial y colectivizada la idea de su tiempo, y —él había bebido de los sabios ingleses de su época— crear una economía intervenida o planificada.

Los nuevos economistas vienen a proponernos, en vez de la dictadura del proletariado, la dictadura de los economistas, y, de una manera permanente, ya que siempre harán falta remiendos y parches. La economía será un enfermo crónico que habrá de vivir siempre bajo tratamiento médico, o bien un barco en riesgo constante de naufragio, al que hay que ir tapando agujeros y reparándole averías para que se mantenga a flote. Y todo esto siguiendo las pautas de un sistema que se declara adversario del capitalismo, al cual se pretende salvar pasándose al enemigo. En el fondo hay un elemento de derrocamiento y de secreta admiración al régimen soviético.

Verdad es que para cohonestar esta especie de «*trahison des clercs*» se pretende que la intervención o planificación preconizada por los nuevos teorizantes sea una planificación democrática, por oposición a la comunista, autoritaria o totalitaria. Sobre esto dice el profesor Robertson, que es una distinción que no satisface ni a liberales ni a comunistas, y haría vivir a la economía siempre al borde de un precipicio. Creer que una economía dirigida puede ser liberal o semiliberal es un delirio de la mente de los planistas o un engaño con que se procura adormecer los recelos de quienes se sienten alarmados ante el espectro del totalitarismo.

La propia economía soviética no es totalitaria por capricho, sino por necesidad, dado el rumbo de rigurosa dirección a que se ha visto impulsada. Su dictadura no será transitoria, como Marx y Lenin querían; durará tanto como su régimen económico. Aparte del ruso, tenemos otro ejemplo en la Historia moderna, de economía planificada, emprendida bajo un signo diferente:

la svástica, en vez de la hoz y el martillo, en ambos casos fué acompañada del despotismo político. Ni se ve claro cómo podría ser de otro modo.

Quizás la única parcela de verdad que hay en el materialismo histórico se limita a que la política suele calcarse sobre el régimen económico. La economía reglamentada anterior al siglo XVIII tuvo la monarquía absoluta, el régimen liberal-capitalista, la democracia parlamentaria; la economía intervenida tiene por órgano propio el totalitarismo. Y si de los frutos se ha de conocer al árbol, este es un árbol de frutos bien amargos.

Hay otro peligro que prevenir. La agudización de los problemas económicos ha determinado la proliferación en los medios académicos de los galenos de estos males, de quienes se espera la salud. Pero esa proliferación, sin duda excesiva y desconsiderada, nos aporta un nuevo problema, pues crea paro potencial de esos profesionales, a menos que se les busquen salidas adecuadas a su especialización, salidas que sólo puede ofrecerlas una economía planificada o fuertemente interventora, paraíso de los especialistas de la economía, ya que ellos serían los llamados a realizar esa labor que llenaría de sedicentes economistas las oficinas públicas o pondría detrás de cada empresa pseudoprivada o pública uno o varios de ellos para controlar su actuación según las normas de los buenos principios de la economía dirigida. En nuestro país esa presión no se ha notado todavía gran cosa porque el economista profesional prácticamente no ha existido.